

# HATOROS



## El libro del *Pock*

colección básica



# I

## *En el hospital*

«Pock», oí tras la nuca, poco después de sentarme en el sofá. Sobre la mesita del comedor leí una hoja del libro abierto. Antes de pasar página, decidí ir a la cocina a ponerme un café.

Fue entonces cuando vi mi cuerpo en el suelo. Me asusté y quise volver a él, pero no respondía. Me dije: «Esto debe ser la muerte», y el miedo desapareció.

Miré a mi hijo correr hacia mi cuerpo.

Nervioso, llamó a una ambulancia, pero no oí lo que decía. Se arrodilló y golpeó el corazón de ese, mi cuerpo.

No sé cómo he vuelto a él y te cuento esto. Sí sé que a los médicos y a mi familia no les voy a hacer caso, y fumaré y beberé vino y tomaré café y seguiré viendo porno en Internet; pero ya no tengo dinero y tú tampoco, ahí tirada en la cama, así que no podré hacerlo.

Lo que siento que deseo y quiero es volver a oír ese *pock*, para divertirme sin necesidad de cuerpo y alejarme de la esclavitud de la sociedad en que vivo.

«El viejo está hasta los huevos», pensé cerrando los ojos para dormir.

## II

### *En el bar*

Jesús está sentado en una silla alta frente a la barra del bar. Con la uña larga del dedo índice de la mano izquierda, se saca una bola de cera del oído y fuma. Me dice sin ningún tipo de alegría:

–Voy a tener un niño o niña, ve tú a saber.

Y me mira.

Luego me dice que...

–Bueno, yo no; *la* Emilia lo va a tener, y... como es *la* Emilia no sé si es mi lefa la ganadora de su panza.

Al decirlo, aprieta la uña de ese su dedo índice contra su dedo gordo, y la bola de cera sale despedida hacia la pared.

Se oye un ligero *pock* al estrellarse contra ella.

### III

#### *En la zapatería*

Sintió un *pock* muy grande, enorme «Y yo no estoy borracho», se dijo, «porque juraría que todo se mueve».

Advirtió que las empleadas corrían como locas gritando:

—¡Virgen de Guadalupe, sálvanos, ay Diosito!

Él, tras el mostrador, estaba mirándolo todo sin miedo y con sorpresa.

—¡Ay! señor Paco, señor Paco, terremoto, terremoto.

Y Lupita se acercó y abrazó al señor Paco, protegiéndose, y él la olía y la abrazaba también, y le acariciaba ese pelo —«Calma, calma»— que olía tan bien, y al punto lo de abajo, con vida propia creció. Y de la mano salieron a la calle, porque vio el señor Paco que todos huían de la zapatería, donde estaba el edificio, y miró el cielo negro rojizo que jamás ha vuelto a ver.

Y miró los cables de la luz que chisporroteaban enfrente, y la gente como loca de un lado a otro, y los coches parados con las luces encendidas, y un fuego allí a la izquierda, lejano. El señor Paco lo único en que pensaba era en el placer de ese olor y esa mirada de Lupita, que bueno, ya estaba enamorada, porque con él no tenía miedo, y notaba esa cosa dura, mientras lo miraba apasionada.

## IV

### *En casa de mi tío*

Allí estaban todos los hermanos que quedaban vivos de Teodulfo, y alrededor de la cama su mujer y sus hijas lloraban, pero él seguía sentado en el comedor.

Se preguntó por qué no ir junto al cadáver.

Se incorporó y fue a ver la cama hundida y la corbata a rayas y el traje gris, y sus manos y su cara blancos, como fantasmas, del cuerpo muerto de su tío.

Recordó lo que contó su padre un día:

—Compramos seis kilos de sardinas y nos fuimos a casa de Alvarito el de la Lola, tu madre, la tía Manuela, el tío Chato, *el Juli*, Ramoncito, su mujer y yo, para hacer una visita, y le dijimos que cuando volviéramos, las tuviera hechas junto a los chorizos de la matanza y los huevos de la Sila. Al regresar quedaban solo un par de huevos fritos ya fríos, sobre una bandeja enorme. Nos dijo que, al salir para atender al tío Javi, entró algún perro y todo, todo, se lo comió. «Si le hubiera *echao* mano, ¡ay!, si le hubiera

*echao* mano. Si rabiara la madre que lo parió al puto can». «Échame el aliento», le dije, y respondió: «Anda ya *p'allá*, tonto los cojones».

Soportó una risa y al darse la vuelta para que nadie le viera, se oyó un *pock* cerca del armario.

Entonces supo que su tío se fue definitivamente, aunque ya estaba muerto.



## V

### *El desengaño*

Al regresar al coche borracho y *encanutao* como estaba, le seguía Felisa, y él veía sin ver su cola de caballo rubia mecerse con la noche, y sus andares gacelosos y sus tetas pequeñas y graciosas, ahí duras, como pegadas sobre su torso.

Al llegar al M-1032-BU, Silvia estaba sobre él, golpeándolo, y decía:

—No te perdonaré que me hayas dejado, no lo haré nunca.

Cuando Silvia lo vio, se desembarazó del muchacho que lo acompañaba, le miró a los ojos y echó sus brazos sobre él, pero abriendo la puerta del coche, al ver sentarse a Felisa, dijo a Silvia:

—Lo siento, no quise causarte tanto dolor, lo siento —y la alejó con delicadeza.

Su culpa le causaba pinzamiento en el abdomen y dolor de cabeza, y Felisa le miraba de vez en vez, mientras le decía chupándole la polla:

—*Slub, slub*, así se va el sufrimiento.

Él aceleró tanto que al salir del puente, sin saber cómo ni por qué, escuchó hasta 26 *pocks* seguidos lentos, muy lentos desde dentro, y rápidos, muy rápidos desde fuera, cuando el coche se paró y él dijo a Felisa:

—¡Dime que estás bien, dime que estás bien!

—Solo me duele la cabeza, y la mano derecha no la siento, pero sí, estoy bien.

Pensó que los *pocks* siempre se relacionarían con la muerte, y Felisa y él follaron contra el asfalto del verano, abrazándose para saberse vivos.

## VI

### *Muerte en el asfalto*

Primero se oyó el suave *pock* de un tacón rompiéndose. Segundos después, otro *pock* más fuerte, y la mujer que se saltó el semáforo cayó como un pelele contra el cristal del coche, oyéndose otro *pock*. Luego se oyó otro *pock* que confirmaba la rotura del cráneo ante el duro asfalto.